

XLII Jornadas de
Pastoral Juvenil Vocacional.
12, 13,14 octubre 2012.

Queridos amigos, queridas amigas:

Es para mí una gran satisfacción saludaros y daros la bienvenida a estas cuarenta y dos Jornadas de Pastoral Juvenil Vocacional, que CONFER organiza cada año. Mi agradecimiento a todos y todas los que trabajáis en el Área de Pastoral Juvenil Vocacional de CONFER, a su equipo de reflexión, a los Delegados/as provinciales y diocesanos, a todos los que habéis hecho posible que estemos un año más inaugurando estas Jornadas, que indica el interés y la constancia por un tema tan trascendental para la Iglesia como es el de la juventud y el de las vocaciones.

Mi gratitud a los ponentes que ayudarán con sus reflexiones a profundizar en el objetivo que os habéis propuesto para estas Jornadas: la significatividad que la pastoral juvenil y vocacional debe tener hoy en los diversos ámbitos sociales y eclesiales. Pretendéis, con acierto, reflexionar sobre una pastoral que sea significativa en nuestro mundo, en el hoy histórico que nos ha tocado vivir y construir. “En tiempos revueltos”, decid; pero conscientes que nunca han sido fáciles, y siempre han estado presente en ellos la audacia creativa de hombres y mujeres que se han dejado guiar por la novedad del Espíritu.

La tarea de los agentes de pastoral no es fácil; vosotros lo sabéis bien. Y posiblemente, uno de los factores de vuestra misión que encuentra más resistencia y oposición en la cultura de hoy sea precisamente el de su significatividad, hacer significativa la tarea evangelizadora. Porque ciertamente no es fácil en nuestra sociedad y en nuestra cultura “ser signo” de algo que está más allá de la mera temporalidad y de un constreñido presentismo; todo signo que haga referencia, indique o señale una realidad más profunda o una realidad que trasciende y supera la mera actividad imaginativa o intelectual no es aceptada con facilidad.

Afirmación evidente cuando constatamos que se está haciendo socialmente normal, culturalmente admitido el olvido de Dios y en consecuencia, de lo religioso, lo trascendente y de toda relación personal con Dios como elemento importante de la vida personal. El secularismo propio de nuestra cultura, propugna la tesis de vivir en el mundo como si Dios no existiera, negando la posibilidad de que el

evangelio de Jesucristo pueda aportar a esta humanidad un “plus” esencial para encontrar un camino de esperanza al hombre, o para completar las insuficiencias de las respuestas que le ofrecen las actuales disciplinas de la ciencia y la tecnología para resolver los interrogantes inherentes al drama de la vida humana.

Esta realidad cultural afecta de un modo determinante a las generaciones jóvenes y de modo particular en lo que se refiere al tema vocacional. Efectivamente, el futuro es visto por parte de los jóvenes en una óptica limitada a las propias ideas, en función de intereses estrictamente personales, a su autorrealización.

Es una lógica que reduce el futuro a la elección de una profesión, a la situación económica o a la satisfacción sentimental-afectiva, dentro de horizontes que de hecho reducen la libertad y las posibilidades de la persona a proyectos limitados y siempre en referencia a ella misma.

Son opciones sin ninguna apertura al misterio y a la trascendencia, donde no cabe por tanto, ser signo de algo que remita a ese misterio y a esa trascendencia. Es, en otras palabras, una sensibilidad y mentalidad que corren el peligro de diseñar una cultura antivocacional. El modelo antropológico que prevalece, como sabéis bien, es el del “hombre sin vocación”.¹ Y sin embargo, el mundo necesita a Dios; nuestra sociedad necesita a Jesucristo; el ser humano se realiza en plenitud cuando se vive con una “vocación”, en la búsqueda del plan de Dios sobre él.

El concepto “signo” está muy en conexión, en cuanto a lo que desea expresar, con el de “testigo”. Se es signo de algo o de alguien, se es testigo de algo o de alguien. Por tanto, significatividad y testimonio, que son las consecuencias operacionales de ser signo y de ser testigo, quedan, pues emparentadas.

Pero al mismo tiempo, “ser signo” y “ser testigo” se relacionan con “visibilidad” y “transparencia”. Seremos significativos si nuestras vidas personales y comunitarias visibilizan y transparentan un “algo”, que suscita interrogantes acerca de la realidad a la que el signo se refiere, inquietud por conocer el por qué y la motivación última de ese modo de vivir: *¿por qué estos o aquellas viven y aman así?* En definitiva, transparentar de qué o de quién somos “signo” y testigos. Nuestra vocación cristiana nos hace conscientes de ser llamados a transparentar, especialmente en el mundo contemporáneo de ruido y estímulos incesantes, un fuerte sentido de lo sagrado, inseparablemente unido a una implicación activa en el mundo. En

¹ Cfr *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*. Hombres sin vocación, 11 c.

síntesis, signos del profundo amor de Dios y de la pasión de Jesucristo por el hombre y su mundo.

La significatividad de la pastoral, deberíamos decir hoy de la nueva evangelización, no puede ser otra que la transparencia del evangelio; un modo de vivir y actuar que hagan visibles a nuestros contemporáneos las actitudes de Jesús y los valores de las Bienaventuranzas; una visibilidad que muestra la coherencia de vida y misión de cada Instituto religioso, de cada comunidad cristiana, de cada agente de pastoral, de cada cristiano en definitiva. Benedicto XVI decía: “el evangelio vivido diariamente es el elemento que da atractivo y belleza a la vida consagrada y os presenta ante el mundo como alternativa fiable. Esto necesita la sociedad actual, esto espera de vosotros la Iglesia: ser evangelio vivo”²

En este contexto no podemos dejar de hacer mención de la llamada del Papa que convoca a toda la Iglesia a una Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Su contenido no puede ser otro que un anuncio de Jesucristo, que implique la responsabilidad del testimonio de la fe y el dar razón de la esperanza, de las comunidades cristianas y de los agentes evangelizadores. El mismo texto sinodal alude a la “autocrítica que el cristianismo es invitado a hacer de sí mismo, para verificar en qué medida el propio estilo de vida y la acción pastoral de las comunidades cristianas han estado realmente a la altura de su misión...” y añade que se han señalado como causa de la “apostasía silenciosa” actual, “el hecho de que la Iglesia no habría dado una respuesta en modo adecuado a los desafíos de los contextos en que se desarrollan nuestras experiencias eclesiales.”³ Esta deberá ser una de las tareas del Sínodo que se celebra en estos días. Pero una tarea también nuestra que nos lleve a un examen sincero y lúcido sobre cómo hacer crecer la significatividad de la pastoral juvenil y vocacional en los diversos ámbitos en que estamos presentes.

Vuestra presencia y participación en estas Jornadas es garantía de esta reflexión en los equipos de pastoral, que sin duda, se verán enriquecidos con presencia cada vez más significativas en los diversos ámbitos eclesiales en los que estamos, y la novedad siempre creativa del Espíritu nos hará ser en nuestro hoy, testigos y signos del amor de Dios en Jesucristo.

Elías Royón, S.J.
Presidente de CONFER.

² A los Superiores y Superiores Generales, 26 noviembre 2010.

³ Instrumentum laboris, n. 68